

MAPACHES

Todavía permanece en mi mente aquel intenso día de verano que te quitaste la máscara ¿recuerdas?

Todo el mundo te miraba con los mismos ojos que yo, ¡que ilusos que éramos!

Nunca, nadie se iría a percatar de lo que ocultabas tras esos enormes ojos cristalinos, ni esa preciosa sonrisa que no dudabas en mostrar... o como yo lo llamaba a todo en conjunto, una máscara.

Y es mejor no hablar de esa extraña personalidad tuya, persona muy inteligente, con una respetable madurez pese a la edad, una chica que siempre traía consigo una enorme sonrisa. ¡Quién caería en la cuenta de tal engaño!

Recuerdo ese quince de mayo. Aquel día de primavera el profesor encargó un trabajo de parejas, ¡que contento me puse cuando me tocó contigo! Aun no entiendo esa satisfacción...

Aquella tarde acordamos hacer el trabajo en la biblioteca. Fue imposible. En el momento que te sentaste frente a frente hacia mí, comprendí por primera vez lo hermoso que era tu rostro. Era un esfuerzo vano escribir sin mirarte una sola vez a los ojos, más vano resultaba ser el mirarte y no hundirme en ellos.

Fue al despedirte cuando, sin ningún motivo, tus labios rozaron los míos. Mi mente estalló, ¿qué habías hecho? ¿Acaso alguna vez sentiste algo hacia mí? ¿Por qué te lanzaste sin motivo alguno? Mis emociones salieron disparadas. Mi cara, muy colorada. Y tú, sonriendo.

¿Por qué eres así? ¿Entiendes ahora el daño que me hiciste?

Los días iban transcurriendo, no pasaba ni un día que mi amor hacia ti aumentara. Me hablabas, de vez en cuando, por algún material olvidado o simplemente para debatir sobre algún tema actual. Un día llegaste a clases irreconocible, tu sonrisa estaba apagada, tus ojos caídos provocaban en mí malestar, la cara baja... ¿oye, qué pasa? Preguntaba una y otra vez, no podía soportar tu estado. Ahí fue cuando me contaste, con tu armoniosa voz que seguía sonando igual de clara pese a tu condición, el triste fallecimiento de tu amada abuela.

Me contaste que desde hace tiempo, tu madre y tu vivías con ella, también me contaste que tu padre se marchó hace bastante tiempo a un lugar que desconocías, y que no habías vuelto a oír nada de él. Empezaste a llorar. Yo no sabía qué hacer. Antes de que yo pudiera reaccionar, un profesor te llevó a su despacho, estuve un rato esperando en su puerta. Al fin saliste. Supuse que aquel profesor habría notado tu estado de ánimo (y quién no) y se habría preocupado seriamente por ti. Cuando pasaste por esa puerta te abalanzaste sobre mí y me diste un fuerte abrazo.

De pronto sonó la sirena de ida. Los pasillos se llenaron de alumnos en poco tiempo. Tú me mirabas con esos inmensos ojos azulados. No lo pensé dos veces, cuando no quedó nadie, te besé.

Mi primer beso.

El curso terminó, me contaste los lugares a los que ibas a disfrutar con tu familia las vacaciones, escasos días estarías presente en el pueblo, eso me entristeció bastante. Tu madre esperaba impaciente en el coche. Me despedí de ti con una sonrisa algo tenue “te echaré de menos” repetía constantemente... ¡ni yo mismo me creo que esas palabras pudieran salir de mi boca!

En aquellos tiempos pensaba que aquel verano era el peor de todos los vividos. Nunca pensé que el verano se podría hacer tan largo. Aunque en las tardes que pasé con mis amigos en estas fechas parecían haber logrado olvidarme totalmente de la angustia de no verte.

¡Ignorante!- Me digo ahora a mí mismo- ¿cómo no te darías cuenta?

Finales de agosto. Un terrible calor. Mis colegas parecían haberse cansado de salir, indudablemente la calor estropeaba el clima. Mis padres no tenían suficiente dinero para llevar a la familia ni siquiera a un parque de atracciones, esa idea removía mi conciencia una y otra vez. Irradiaba al ver a mis amigos compartir fotos de sus tremendas y lujosas vacaciones. Una de esas tardes me llamaste, ¿en qué momento te di mi número?, me contabas muy feliz que volvías al pueblo y aunque pronto marcharías de nuevo, quedaba una plaza libre y la utilizaste en mí. Di mil botes de alegría, puede que mis padres no estuvieran muy satisfechos con la idea, pero tras contactar con tu madre aceptaron la propuesta. Era imposible separarse del teléfono, me contabas una y otra vez los planes del viaje, también me ayudabas con la maleta y me repetías muchas veces cuantas ganas de verme tenías. Pero ahora dudo que esas ilusiones fuesen ciertas...

Llegó el día, veinte de agosto si mal no recuerdo. Las piernas me temblaban más que nunca, papá y mamá se despidieron con un abrazo “pórtate bien” “no causes problemas”. Subí al coche, era bastante amplio, allí estabas tú. Me quedé quieto, mirándote. El coche arrancó, no saludé por última vez a mis padres, yo seguía pasmado, mirándote. El viaje se hizo realmente largo, tardamos alrededor de media hora en dirigirnos una palabra, ¿quién tendría más vergüenza de los dos? La verdad es que una vez que empezamos a hablar, no paramos en todo el viaje. Tú me contabas anécdotas de tus vacaciones, escuchaba cada palabra muy atento, era como si estuviera viviendo esos momentos en las playas del Caribe o los paseos por el centro de New York. No recuerdo hasta estos momentos haber viajado una sola vez sin mirar el paisaje, pero tú lo conseguiste.

Un cartel se alzó brevemente: “Welcome to MARBELLA”

-¡eh! ¡Mira! ¡Rápido!- dijiste.

Giré la cabeza. Era realmente precioso.

El paisaje de la costa Marbellí impactó en mis ojos. ¿Recuerdas lo sorprendido que estaba? ¿O tú mirabas a otro lado?

Mis colegas de clase siempre repetían una y otra vez lo hermosa que era la playa. Sus olas cristalinas, la arena suave que te hundía los pies, las personas que pasaban un feliz día con la familia o solos, las hermosas puestas de sol, los “puestos callejeros” como ellos les llamaban, los enormes helados... cada vez que oía hablar a mis compañeros sobre la playa o las vacaciones de verano yo prefería dejar aquella conversación. Tú fuiste la primera persona con la que fui a una costa o de vacaciones a otro lugar, este gesto solo hizo que me gustaras aún más.

Llegamos al honesto apartamento. Solté el equipaje en la habitación que señalaste, y a continuación salimos a pasear por la ciudad.

No podía dejar de mirar aquellos altísimos edificios.

-¡oye bobo! ¡Sígueme!- me dijiste miles de veces. Que simpática eras en esos momentos.

Hacías como si fueses mi propia guía. Señalabas a todas partes...

Me condujiste por un torpe sendero que llevaba a unas grandes cuevas muy cerca del agua, según tú allí acudía la gente constantemente. Subías las cuevas con facilidad, hasta yo supuse que no fue la primera vez que lo hacías.

-¡Vamos, no te quedes ahí parado que te arrastrará una ola!- me asustaba, no entiendo por qué.

Entonces ocurrió. Se puso el sol. Fue fantástico. Mis emociones se dispararon, de nuevo. Quizá por eso me gustabas tanto, me enseñaste un mundo nuevo. Aunque apenas pude ver aquel bello paisaje, tardaste poco en agarrarme y besarme. Allí arriba, donde todo el mundo nos veía, simples siluetas en una puesta de sol.

Volvimos al apartamento, juntos, de la mano. Decidimos dormir en la azotea. Estaba repleta de plantas muy crecidas y la oscuridad la tapaban varios candiles algo antiguos, aunque también optaste por colocar una guirnalda de tenues luces.

Esa noche cenamos pizza en una gran mesa colocada en la terraza, las vistas a la playa eran realmente preciosas. Estuvimos jugando a varios tableros de juego hasta una hora no muy temprana. Entramos dentro de nuestras tiendas, yo tenía bastante sueño, pero te empeñaste en contarme una historia, la leyenda del mapache.

- Cuenta la leyenda que en varios países orientales, el mapache es un ser mágico. Este animal no tenía fama por ser el mejor de todos, lo odiaban. Los mapaches vivían en los bosques y montañas y se caracterizaban por engañar a las personas transformadas en otros seres u objetos. Según cuentan, sus poderes residían en su llamado antifaz, sin este, solo eran unos simples animales. Sus tretas no eran nada divertidas, es más, a veces no acababan muy bien... Un mapache podía adoptar el aspecto de un ser humano, esto era algo muy escalofriante, ya que podías convivir con uno y ni saberlo, la única forma de saber su verdadera forma original era esperar una noche de luna redonda a las doce en punto, porque en ese momento, le aparecería una peluda cola...

- Es increíble ¿verdad?, ¿te imaginas vivir con un mapache y no darte cuenta?- decías tú, risueña.

Dormí incómodo, la historia que me contaste había hecho que le diera vueltas a mi cabeza.

Los días siguientes en Marbella fueron muy estupendos. Todo ocurría normal, me enseñaste distintos lugares de paseo, varias plazas donde estaban tus amigas, me enseñaste a remar en un bote, también a pescar... ¿Por qué en esos momentos eras tan buena conmigo? Nunca lo entenderé.

Llego el momento en el que tuve que volver a casa. El viaje de regreso se hizo mucho más corto de lo que me pareció el de ida. Tú contabas lo emocionada que estabas de ir de nuevo al instituto. Yo atendía a tus palabras, como siempre, sin parar de mirar tus enormes ojos y tus bonitas pequillas, que hacían en tu cara un rostro perfecto.

Rock&Roll sonaba en la radio. El coche olía a gasolina. Un calor tremendo. Y rompiste el silencio.

-¿Tienes muchas ganas de verme otra vez? - ¿a qué vino esa pregunta?

-Es evidente- contesté extrañado.

Soltaste una risilla.

-Yo tengo muchas ganas de verte de nuevo- Mentiste.

El coche frenó. Había llegado a su destino. Me entristeció la despedida. Te veía a través de la ventana del coche, sonreías, pero no era una sonrisa de las tuyas, esta estaba apagada.

No pasó ni un día hasta el instituto que no te recordara. Hice muchas intenciones de llamarte, pero no contestabas. Me sentí triste el resto de mis vacaciones. Ya no salía a la calle a jugar, ni veía demasiado la televisión, mis padres lo notaron. Lo conté todo, me sentí algo más a gusto, pero mis padres no lograron consolarme demasiado. Llamaron a mis amigos, aunque ellos lo negaran, estaban decididos a sacarme fuera, no tenía ganas, hasta que finalmente me obligaron.

-Ya verás como todo va a ir mucho mejor- decían todos ellos.

De algo sirvió, supongo.

Lo que más me preocupaba era la cuenta atrás del mes, quedaban solamente diez días para la vuelta al instituto. Pasaron bastante rápido.

Lo recuerdo todo. Recuerdo ver el cartel principal: Bienvenidos de nuevo. Recuerdo saludar a todos mis colegas. Recuerdo contarles a todos mis vacaciones contigo en la costa. Recuerdo verte, ojalá no lo recordase jamás...

Tú estabas sentada en uno de los bancos, pero no estabas sola. Era un chico. Hablabais muy cómodamente, como si se conocieseis de toda la vida. No me molestó, simplemente te quería saludar, estabas igual de bonita y resplandeciente que siempre.

-¿No coges el teléf...?- justo ahí pasó.

Tus labios rozaron con otros distintos a los míos. Una lágrima se resbaló por mi cara hasta la barbilla. No parasteis, sabías que estaba ahí, pero no paraste. Todas esas fuertes emociones (yo diría que hasta irrompibles) se hicieron pedazos. En mi mente apareció la imagen de nuestro primer beso, una lágrima más se derramó. También recordé esa puesta de sol en Marbella, una tercera lágrima rozó mi piel. Aquella noche en la azotea... me fui de aquel lugar que me estaba matando.

-Todo tiene una explicación- no solucionaste nada con eso.

Pasé todos los demás días del mes muy mal. Mis calificaciones bajaron una gran cantidad, pero es que no podía soportar ver cada día tu rostro.

Hablé con aquel chico, me contó que lo conociste por casualidad, el año pasado, que se hicisteis demasiado amigos y que los dos sentíais algo muy especial. También me contó que se marchó contigo de vacaciones y que fue muy bello... me dijo que no sabía nada de lo nuestro.

Ahora comprendo porque te sabes tan bien esa leyenda, me enamoré de un antifaz. ¿Con cuántos más has jugado? ¿Por qué no acabas ya con esto? Mi cabeza no para de provocarme mareos, y es que todavía no entiendo una cosa ¿cómo se pueden besar dos labios al mismo tiempo?

Ahora simplemente he de centrarme en lo que verdaderamente me importa. Y no dejarme influir por los caminos del engaño ni del amor. Solo disfruto y me quiero a mí mismo ¿qué hay de malo en eso? De esta forma, nunca más acabaré como me dejaste.

Y recuerda que, aunque en estos momentos no, te darás cuenta de lo horrible que es jugar con los sentimientos de una persona...